

Sometidos al Cuzco y aliados de España. Grupos étnicos andinos ante la Conquista española

Subjected to Cuzco and allied to Spain. Andean ethnic groups before Spanish Conquest

M^a Concepción BRAVO GUERREIRA

Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Historia de América I
cbravo@ghis.ucm.es

RESUMEN

La colaboración de algunos grupos étnicos con la hueste de Francisco Pizarro, en las campañas de la conquista del Perú, está documentada en los testimonios de los primeros cronistas y de la documentación temprana del periodo colonial. En este artículo se recogen los que hacen referencia a la ayuda prestada por los Cañaris y Chachapoyas de la región septentrional del antiguo Tahuantinsuyu.

PALABRAS CLAVE

Perú.
Cronistas.
Conquista.
Cañaris.
Chachapoyas.

ABSTRACT

The collaboration of some ethnic groups with Francisco Pizarro's army, in the campaigns of the conquest of Peru, it is documented in the testimonies of the first chroniclers and of the early documentation of the colonial period. This paper brings together those testimonies that make reference to the support given by Cañaris and Chachapoyas of the northern region of the old Tahuantinsuyu.

KEY WORDS

Peru.
Chroniclers.
Conquest.
Cañaris.
Chachapoyas.

La tradicional enemistad de los pueblos de la periferia del Tahuantinsuyu con los incas es un tema insistentemente señalado en las crónicas andinas del siglo XVI, y bien documentado en los expedientes promovidos por la administración española desde los primeros momentos de la instalación del nuevo gobierno colonial. Esta actitud de rebeldía frente a los dominadores cuzqueños marcó ya desde los días de Cajamarca (Bravo 1976) la estrategia diseñada por Pizarro para poner en marcha su plan de conquista, que sin duda se vio favorecido por esa enemistad (Alcina 1983: 411).

Desde que se inició la marcha sobre el Cuzco las informaciones de los cronistas son más explícitas al referirse a ella. Sancho de la Hoz insiste repetidas veces en que la llegada y el asentamiento de los españoles en Xanxa estuvo facilitada por el apoyo de los naturales

celebrando mucho su venida, porque con ella pensaban que saldrían de la esclavitud en que los tenía aquella gente extranjera (Sancho de la Hoz 1962: 32).

Cuando habla más tarde de los depósitos incendiados que encontraron en la ciudad, de los que hablan también Ruiz de Arce (1975: 81) y Cieza de León (1984: 296), dice que como consecuencia de ello

quedaron los vecinos tan necesitados con ellos (los de Quito) que si algún indio de estos se metía dentro y se escondía, lo mostraban a los cristianos para que lo matasen y ellos propios ayudaban a matarlos y aún los habrían matado con sus propias manos si los cristianos lo permitieran (Sancho de la Hoz 1962: 34).

También en Andahuaylas advirtió la presencia de gente procedente de comarcas vecinas que venían huyendo de las tropas quiteñas que desde el Cuzco dominado por Quizquiz actuaban en toda la región en una campaña devastadora; y desde luego ha sido suficientemente resaltado el apoyo que Manco Inca brindó en un principio a los españoles (Regalado 1992: XIV). El secretario de Francisco Pizarro, que fue testigo de aquellos acontecimientos, afirma que

Este dijo al Gobernador que lo ayudaría en todo lo que pudiera para echar fuera de la tierra a todos los de Quito por ser sus enemigos y que lo odiaban y no querían estar sujetos a gente forastera (Sancho de la Hoz 1962: 61).

También en su Relación el viejo soldado Diego de Trujillo, sobreviviente en 1571 de las campañas de Pizarro, recuerda con toda precisión que además de los ofrecimientos de Manco, los españoles contaron con la ayuda valiosa de diferentes grupos étnicos de zonas de los Andes centrales. Habla de una embajada recibida por Hernando de Soto durante su avanzada entre Vilcas y el Cuzco, compuesta por dos indígenas enviados desde Tarama por su cacique que se ofrecía a servir a los cristianos con trescientos hombres de guerra. Es cierto, y así lo cuenta Trujillo, que los embajadores, injustificadamente, parecieron sospechosos a Soto, que los sometió a tormento y los devolvió bárbaramente mutilados a su señor, con lo que lógicamente las intenciones del cacique de Tarama debieron cambiar para no volver a desear alianza alguna con los españoles. Este incidente explica el cambio de actitud que según Cieza de León se observó en los pueblos que jalonaron la marcha de Cajamarca a Cuzco. Él nos proporciona sobre ella una buena información que no recogieron los cronistas-soldados de la campaña, pero que llegó a su noticia en la década siguiente a estos acontecimientos. Dice que en Huamachuco, apenas a once leguas de Cajamarca, los naturales de la tierra recibieron

amistosamente a los españoles y que solo al llegar a la comarca de Tarama y Bonbon encontraron

golpes de gente con intención de les dar guerra en venganza de la muerte de Atabalipa; y por no dar lugar a que se apoderasen en la tierra, como publicaban, mandó Pizarro que saliesen a descubrir lo que había un hijo de Guaynacapa con otro principal, acompañados de algunos indios. Y saliendo, cuentan algunos que el hijo de Guaynacapa fue muerto cerca de Bonbon por los capitanes y gente de guerra que allí estaba, llamándolo traidor a su tierra y parientes pues andaba en servicio de tan cruel gente y tan mala y engañosa como eran los españoles. El otro que fue con él se pudo escapar y volver a Pizarro, a quien avisó de lo que pasaba (Cieza de León 1984: 294).

En cambio tuvo unos fructíferos resultados otra embajada que llegó al Gobernador, ya muy cerca de Cuzco

a media cuesta salió a nosotros Chilche, que al presente es cacique de Yucay, y con tres indios cañaris, y dijo: «¿Cual es el capitán de los cristianos?» Y mostrándole a gobernador dijo: «Yo vengo a servir y no negaré a los cristianos hasta que muera. Y así lo ha hecho hasta hoy... Y, al fin entramos en el Cuzco, en donde luego se pusieron en favor de los cristianos los indios cañaris y chachapoyas, que serían hasta cincuenta indios, los unos y los otros, con Chilche. Entramos en la ciudad del Cuzco, adonde luego nos vinieron algunos indios de paz (Trujillo 1985: 206).

Chachapoyas y Cañaris habían sufrido el rigor de las represalias de Atau Huallpa en sus campañas de avance desde Quito a Cajamarca.

Los estudios arqueológicos efectuados en las áreas de ocupación de ambos grupos, —mejor conocida la de los cañaris (González Suárez 1922; Alcina 1983)— corroboran los datos de su pasado histórico, consignados en las crónicas del siglo XVI, como pueblos sometidos a los incas desde el reinado de Tupac Inca Yupanqui, al que se enfrentaron tenazmente, sin poder evitar que Huayna Capac instalara en sus respectivas tierras importantes centros administrativos desde los cuales controlaron los confines del Tahuantinsuyu.

En el caso de los chachapoyas, con más dificultades, dada la accidentada geografía de la región de ceja de selva del noreste de la actual república del Perú (Schjellerup 1991) desde la frontera con el Ecuador hasta el valle de Chontayam, en la zona boscosa de Huánuco (Kauffmann Doig 1991: 337).

La colaboración de los *mitimaes* cañaris y chachapoyas trasladados por Huayna Capac al Cuzco, con los nuevos señores de la antigua capital del Tahuantinsuyu es suficientemente conocida y fue destacada por los cronistas, pero también los documentos administrativos más tardíos dan cuenta de la perseverancia de esa lealtad jurada de la que nos habla tan escuetamente el viejo Diego de Trujillo. En las *Relaciones Geográficas* se da especial relieve a este hecho. La *Descripción de la ciudad de la Plata, Cuzco, Guamanga y otros pueblos del Perú*, lo ratifica:

en el Cuzco hay dos parcialidades de indios que llaman cañares y chachapoyas, que son traídos allí de los llanos de la provincia de Quito, los cuales se dieron a los españoles en tiempo de la conquista y por ello son reservados de tributo; solamente governa (sic), la justicia Real. Duermen siempre de ordinario en casa del corregidor; son indios en su guarda y rondan con él de noche por la ciudad; son obligados a dar todos los mensageros que fueren menester para todo el reino, que salgan del Cuzco, y donde quiera que llegan les dan de comer, sin que por ello les lleven nada; traen sus insignias para ser conocidos. El jueves santo, que se vela la ciudad como las demás del Perú por razón de estar encerrado el Santísimo Sacramento y entierro de infieles, andan 300 dellos con sus lanzas acompañando la procesión y la justicia. Son grandes enemigos de la nación de los ingas. Cuando el Cuzco hace guerra, salen estos en servicio del Rey (Jiménez de la Espada 1965, II: 51).

En esta descripción que Jiménez de la Espada atribuye a Juan de Salinas y fecha hacia 1571, vemos que la fidelidad de los *cañaris* y *chachapoyas* a la corona fue proverbial y se basó precisamente en el viejo resentimiento guardado a Atau Huallpa, y quizás al propio Huascar, puesto que a las supuestas intrigas del cacique de los primeros se achacó en buena medida el comienzo de las guerras entre los dos hermanos. Esta ayuda, concretamente de los *cañaris*, nos dice Zárate que fue de especial importancia para Sebastián de Benalcázar en su marcha sobre Quito desde la ciudad de S. Miguel.

se le vinieron a quejar los indios cañares, que Ruminagui y los otros indios de Quito les daban muy continua guerra... se fue la vía de Quito, así por defender a los cañares, que se le habían dado por amigos, como porque tenían noticia que en Quito había gran cantidad de oro, que Atabalipa había dejado (Agustín de Zárate 1995: 89).

En la *Relación y descripción de la tierra y provincia y beneficio de la doctrina de Cañaribamba* encontramos datos que amplían esta noticia dada por Zárate:

dicen los indios antiguos deste pueblo, quel primer español que entró en su tierra se llamaba Benalcázar; el cual Benalcázar salieron tres prencipales a recibille por mandado de un cacique llamado Oyañe... y por su mandato salieron los tres prencipales al recibir al dicho Benalcázar; los cuales se llamaban Ñimeque y Llenipuzza y Pallacache... y questa dicha provincia siempre fueron servidores de su Real Magestad y ubidentes a sus mandatos y que jamás se han rebelado (Jiménez de la Espada 1965, II: 281).

En la *Relación* de la antigua *Tomebamba* se afirma que la presencia de Benalcázar y Almagro en tierra de los cañaris fue motivada efectivamente por el llamamiento que a ambos hicieron los principales y caciques,

ofreciéndose a guiallos y ayudarles en la guerra; y así les trujeron a este asiento y al de Quito.

En cuanto a la actitud que adoptaron los descendientes de los belicosos enemigos que Huayna Capac tuvo en los pueblos al Norte de Quito, las informaciones de servicios hechas a sus caciques, demuestran que fue igualmente de absoluta lealtad a la Corona Española (A.C.I. Quito. 22). Y otro tanto cabe decir de los chachapoyas, no solo de los que estaban presentes en el Cuzco a la llegada de Pizarro, sino de toda la población de la tierra encomendada a Alonso de Alvarado. De nuevo es Cieza de León en los capítulos 89 y 93 de la tercera parte de su Crónica, el que mejor nos informa sobre esos hechos. El cronista dice que cuando Alvarado llegó en compañía de sus hombres, trece en total, a Cochabamba

fueron bien recibidos de los naturales, porque de toda la comarca los vinieron por los ver mostrándose como amigos, y ofreciéndole valiosas piezas de oro y plata, por lo que Alvarado decidió dejar a algunos de ellos en aquel lugar y regresar a Trujillo por refuerzos porque vio que merecía la pena ocupar el territorio. A su regreso, con más gente supo cómo los moradores de las provincias lejanas y apartadas de allí se habían inclinado con los que eran de las tierras por donde él había andado, porque les habían dado favor (Cieza de León 1984: 293).

Como consecuencia de la enemistad de los *chachapoyas* con sus vecinos, la alianza con los españoles fue aún más firme. Cieza menciona un ejército de tres mil guerreros indígenas confederados con Alvarado para someter a los grupos indígenas de la región oriental de Chillao (en el centro del Alto Marañón), que se habían mostrado hostiles a los españoles y destaca la gestión decisiva de un principal de los aliados, llamado Guamán, que logró avenir las voluntades de los belicosos defensores de Chillao que

comenzaron desde adelante a venir sin armas a servir a los nuestros (Cieza de León 1984: 314).

La política de establecer alianzas con los indígenas fue una estrategia que Alonso de Alvarado cultivó con una prudencia que Cieza de León, tan crítico con la conducta de tantos conquistadores, reconoce sin reservas:

entre los capitanes que lo han averlo hecho razonablemente con los yndios, lo ponen a él en la delantera (Cieza de León 1984: 314).

De la firmeza de esas alianzas y de la lealtad de los indígenas que las suscribieron, da fe una relación escrita por un indio ladino, natural de Cochabamba, en Chachapoyas, hijo de un cacique principal, que amplía la información de Cieza sobre el Guamán «embajador» de Alonso de Alvarado. Su testimonio tiene la fiabilidad de que no justifica en los méritos de ese personaje sino en los suyos propios que presenta con detalle y minuciosidad, como veremos, la petición de mercedes que solicita de la Corona como recompensa por su larga colaboración en las campañas de la conquista del Perú.

Este indio ladino que firma una *Memoria de las cosas primeras que acontecieron con los Chachapoyas* (Jiménez de la Espada 1965: 165-166) con el nombre de Juan de Alvarado, chachapoyano natural de Chuchabamba (sic), fue uno de los protegidos del Conquistador de la región, y aporta datos fehacientes de la alianza indígena que encontró Pizarro desde los primeros días de su estancia en Cajamarca, a donde había llegado, poco antes o al mismo tiempo que la hueste española, y conducido como prisionero por orden de Atau Huallpa, el cacique Guamán. El y su gente fueron asignados por «el gobernador», para el servicio de los soldados españoles, sin duda confiado en que su condición de enemigo y perseguido por Atau Huallpa garantizaba la lealtad a su propia causa. En su condición de auxiliar de Pizarro, Guamán y los suyos formaron parte del séquito que acompañaba a la expedición en su marcha hacia Cuzco; pero al llegar a Atunguailas, pidió licencia para regresar a su tierra, licencia que le fue concedida. El resto de su relato coincide con lo que dice Cieza del recibimiento amistoso y la ayuda prestada por los caciques de Chachapoyas a Alonso de Alvarado.

Una ayuda y una alianza que se mantuvo más allá de los momentos iniciales del asentamiento español en la zona. Cuando a causa del levantamiento de Manco Inca, que culminó en el sitio de Cuzco y de Lima, Pizarro pidió que todos los capitanes empeñados en empresas de conquista acudieran en socorro de los sitiados, Alonso de Alvarado abandonó su asiento en Chachapoyas, cuya población no atendió a la petición de ayuda que, por su parte, hizo Manco a todos los antiguos súbditos del Tahuantinsuyu.

Según el autor de las *Memorias* que citábamos, los de Chachapoyas fueron los únicos «*que no se osaron alzar contra los barbudos*». El fiel cacique Guamán mantuvo su promesa de alianza. No solo no se unió a la rebelión sino que secundado por otros señores y con la fuerza moral que le dio la presencia de un único español enviado por el Teniente de Gobernador de Pizarro en la ciudad de Trujillo, se enfrentó con el emisario de Manco Inca, un principal llamado Cayotopa, y a la gente que le acompañaba en su misión de captación de aliados para la guerra contra «los barbudos». Consiguió capturarlo y conducirlo a Cochabamba, donde dio muerte a todos los prisioneros

para escarmiento de toda la tierra, el cual Guamán tenía la tierra doblada y fuerte y mucha cantidad de gente para la guerra, más que ningún caciques y indios. Por esta causa comenzó la guerra contra los Ingas y con favor de los cristianos; y después de todo el servicio que hizo, envió a la ciudad de Lima a dar cuenta al marqués D. Francisco Pizarro, y mandó que sea él el señor de todos los términos de los chachapoyas y las haciendas de los dichos Ingas así de los ganados y chacaras y ropas y servicios y yanaconas y hamaqueros que tenían los caciques hizo merced a este cacique Guamán (Jiménez de la Espada 1965, II: 167).

A su regreso, tras su decisiva intervención en el sitio del Cuzco, Alonso de Alvarado siguió contando con la colaboración indígena para sus campañas de conquista en la tierra adentro hasta Moyobamba. Y cuando años más tarde, en plena contienda de las guerras civiles, alzó banderas por la causa real ofreciendo su apoyo al recién nombrado Gobernador Vaca de Castro,

fueron sus fieles chachapoyas quienes integraron las tropas auxiliares (Cieza de León 1994: 131) en el ejército que organizó contra Diego de Almagro el mozo que pretendió ignorar la voluntad y la autoridad del Rey. En esta ocasión no fueron solamente los chachapoyas quienes se adherieron a la defensa de la legitimidad; también los Guancas de Xauxa decidieron la postura de los tenientes españoles que se unieron a los de Alvarado. (Cieza de León 1994: 183).

Todo cuanto dice Cieza sobre la lealtad de Alvarado y su decisiva contribución al reconocimiento de Vaca de Castro después de la batalla de Chupas, viene corroborado en la Memoria del ladino Juan de Alvarado, que puede ser fechada, a tenor de los hechos de que da fe, alrededor de los últimos meses de 1553, o primeros de 1554:

Después de la batalla de Chupas fui a España con el mariscal Alonso de Alvarado, de donde volví dando noticia al dicho Presidente Gasca de toda la tierra; y de Panamá hizo armadas por su Magestad hasta que el dicho Gonzalo Pizarro fuera preso y muerto. Y en todas ellas ayudé y serví todo lo que pude con los naturales della, y rogándoles muchas veces, como yo era lengua, que viniesen a servir porque así convenía al servicio de su Magestad, y agora esta postrera vez, cuando se alzó Francisco Hernández, fui desde la ciudad de Lima a servir a su magestad, como siempre lo he hecho, y estuve en su campo sirviendo de lengua a estos señores Oidores y capitanes, y todo el tiempo que anduve en él, hasta Pucará hablando a los indios que andaban huídos con destruímento de la tierra y a los caciques y señores dellos que los traían (Jiménez de la Espada 1965, II: 167).

El protegido de Alvarado obtuvo como compensación a sus servicios un puesto de intérprete en la Audiencia de Lima, pero como hijo de uno de los caciques que ayudaron en la conquista del Perú, solicitó un repartimiento de indios en aquella provincia cuyo cacicazgo había sido asignado a un natural no perteneciente a esa parcialidad, cuya población había quedado reducida a las dos terceras partes de su número originario. No especifica si a causa de la muerte de los indígenas, o de no haber regresado después de las campañas en el centro del Perú. En todo caso, y para evitar la injusticia del nombramiento de un cacique foráneo, pide que si a él no se le concediera el repartimiento, los indios fueran puestos en cabeza del Rey.

Pero a pesar de todo, de esa ayuda eficaz de algunos grupos y de esos pueblos dominados por Atau Huallpa, que obedeció a razones no surgidas únicamente de una interpretación sobrenatural y milagrosa de la presencia de gentes extrañas (que sin duda provocó una momentánea conmoción general en todos los habitantes del Tahuantinsuyu), la empresa de la conquista no resultó fácil y desprovista de peligros para los españoles.

Esa momentánea conmoción que había sacudido a todos los indígenas, constituye por otro lado, como dice Nathan Wachtel, un fenómeno muy general observado no solo en toda América sino en África o en Oceanía

Se trata del terror de los indígenas ante la aparición de seres absolutamente desconocidos, los Blancos. No es que una mentalidad primitiva se oponga, como tal mentalidad, irracional o afecti-

va, a la racionalidad occidental. Toda sociedad comporta una peculiar visión del mundo, una estructura mental regida por una lógica propia. Los acontecimientos históricos y los fenómenos de la naturaleza ocupan su lugar en el orden de explicación de los mitos y cosmogonías propios de cada cultura. Todo lo que suponga una excepción en este orden racional significa la irrupción en el mundo profano, de fuerzas sobrenaturales o divinas. Por lo tanto la racionalidad cotidiana se resquebraja, y la angustia nace al contacto de lo desconocido... No todos los Indios han considerado a los Españoles como dioses pero todos, ante su extraordinaria aparición se hicieron esta pregunta ¿son hombres, o son dioses?... La visión del mundo de los Indios implicaba la posibilidad de que los Blancos fuesen dioses. Esta posibilidad significaba en todas partes angustia y duda (Wachtel 1971: 51-52).

Pero muy pronto esa angustia y esa duda se transformaron en una franca reacción de hostilidad ante el hombre blanco, sustentada, es cierto, no de forma general por toda la población; pero sí por los sectores que representaban la continuidad de las esencias fundamentales que habían constituido la idiosincrasia de las elites Imperiales, y que fueron capaces de mantener esa postura durante años.

La estrategia indígena se adaptó rápidamente a las condiciones que imponía la lucha con hombres, no con dioses, que disponían de un nuevo y temido elemento bélico: el caballo. Las trampas para estos animales, la inundación de los terrenos en que la lucha se desarrolla y que puede imposibilitar sus evoluciones, la búsqueda de lugares inaccesibles a los jinetes para presentar batalla contando con la ventaja de poder utilizar sus armas y métodos tradicionales, fueron norma general en esos duros enfrentamientos mantenidos por el indio contra el blanco que nunca se consideró ante un enemigo desdeñable (Bravo 1989).

La dureza de esas luchas y el peligro que entrañaban para los conquistadores quedan expresadas en la vivaz y colorista prosa del Caballero Enríquez de Guzmán:

Son tan mortales los trabajos destas partes que ay neçesidad que los hombres que a ellas vinieren, —para no spirar los spiritus, para no falleçer de carnes, para no desserar de la divina clemencia— que sean de gran sostén, reços de condiçion, no presurosos, quiero decir no muy sabios, porque el sabio espeçialmente esmaltado de agudeza a cada paso se le salta el esmalte y rompe el saco. No digo que sea de carne e de güeso pero que sea de yerro y acero, considerando, con ello baçilando, ¡Oh pecador de mí!, que ya que quiero bienes, ynchome de pecados, daño-me la conçiencia, gasto el tiempo, caénseme las muelas, y si no, derribanmelas los yndios a pedradas (Enríquez de Guzmán 1960: 165).

Esos mortales trabajos le hacen exclamar más adelante:

Aquí vereis cómo se gana la saya. Yo os prometo que si ubiera de tornar a pasar lo que he pasado, por ser rei, lo quisiese. Antes amaría ser moço de espuelas de un fisico (Enríquez de Guzmán 1960: 173).

No fue la mansedumbre y la paciente pasividad lo que caracterizó la personalidad de los hombres del Tahuantinsuyu. Su carácter belicoso frente a los incas o frente a los españoles fue, muchos años más tarde, objeto de consideraciones y explicaciones por parte de autores como Gutiérrez de Santa Clara o Calvete de Estrella que achacaban esa combatividad a la influencia de los astros.

Dicen los indios viejos y muy antiguos que lo oyeron decir a sus mayores y antepasados, que la causa y razón porque había tantas guerras y batallas entre los indios Ingas y señores de la gran cibdad del Cuzco y los curacas que había en todas estas provincias, que lo causaba un planeta, y a lo que entre nosotros se puede alcanzar y colegir, es el signo de Marte, como los antiguos filósofos dixeron que era Dios de las batallas y las guerras (Gutiérrez de Santa Clara 1964: 167, 203).

Es tan grande la riqueza del Perú y la constelación que para ello ayuda que de suyo hace a los hombres orgullosos y amigos de contiendas y guerras, como lo fueron los indios antes que los españoles los conquistasen, y lo son ellos codiciosos y soberbios en extremo (Calvete de Estrella 1964, 307).

Influencia a la que nunca pudieron sustraerse, según ellos, ni el indio ni el conquistador.

Referencias bibliográficas

ALCINA FRANCH, José

1983 «Tomebamba y el problema de los indios cañaris de la Sierra Sur del Ecuador». *Anuario de Estudios Americanos* XXXVII: 403-433. Sevilla.

BRAVO GUERREIRA, María Concepción

1976 «La muerte de Atau Huallpa: un análisis de las circunstancias que concurrieron en ella». *Anuario de Estudios Americanos* XXI: 91-103. Sevilla.

1989 «Estrategia indígena en las campañas de Conquista del Perú», en *América: Encuentro y Asimilación*, pp. 73-86. Granada: Diputación Provincial de Granada.

CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal

1964 *Rebelión de Gonzalo Pizarro y vida de Don Pedro Gasca*. Biblioteca de Autores Españoles, 167. Madrid.

CIEZA DE LEÓN, Pedro

1984 *Crónica del Perú. Tercera parte*. Edición de C. Saenz de Santa María. Monumenta Hispano Indiana, II. Madrid: C.S.I.C.

1994 *Crónica del Perú. Cuarta parte*. Volumen II. Guerra de Chupas. Edición, prólogo y notas de Gabriela Benavides de Rivero. Lima: Pontificia Universidad Católica de Perú.

ENRÍQUEZ DE GUZMÁN, Alonso

1960 *Libro de la vida y costumbres de D. Alonso Enríquez de Guzmán*. Biblioteca de Autores Españoles, 126. Madrid.

GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico

- 1922 *Estudio histórico sobre los Cañaris. Pobladores de la antigua provincia del Azuay*. Cuenca: Imprenta de la Universidad del Azuay.

CUTIÉRREZ DE SANTA CLARA, Pedro

- 1964 *Quinquenarios o Historias de las guerras civiles del Perú (1667)*. Biblioteca de Autores Españoles, 165, 166 y 167. Madrid.

JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos

- 1965 *Relaciones Geográficas de Indias. Perú*. 3 vols. Biblioteca de Autores Españoles, 183-185. Madrid.

KAUFFMANN DOIG, Federico

- 1991 «Los Andes amazónicos», en *Los Incas y el Antiguo Perú. 3000 años de historia*, pp. 327-337. Madrid: Centro Cultural de la Villa de Madrid.

REGALADO DE HURTADO, Liliana

- 1992 Estudio preliminar a la edición de *Instrucción al licenciado Don Lope García de Castro (1570) de Inca Tito Cusi Yupanqui*. Lima: Pontificia Universidad Católica de Perú.

RUIZ DE ARCE, Juan

- 1975 *Advertencia que hizo el fundador de el vínculo y mayorazgo a los subcesores de él*. Guayaquil: Ariel Limitada.

SANCHO DE LA HOZ, Pedro

- 1962 *Relación para S.M. de lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla...* Versión y anotaciones de Joaquín García Icazbalceta. Madrid: Editorial Porrúa Turanzas.

SCHJELLERUP, Inje

- 1991 «Investigaciones históricas y arqueológicas en la provincia de Chachapoyas, en Perú», en *Los Incas y el Antiguo Perú. 3000 años de historia*, pp. 314-325. Madrid: Centro Cultural de la Villa de Madrid.

TRUJILLO, Diego de

- 1985 *Relación del Descubrimiento del reino del Perú, que hizo Diego de Trujillo en compañía del Gobernador Don Francisco Pizarro y otros*. Edición de C. Bravo. Crónicas de América, 14. Madrid: Historia 16.

WACHTEL, Nathan

- 1971 *La vision des vaincus. Les indiens du Perou devant la conquête espagnole*. París.

ZÁRATE, Agustín de

- Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*. Edición de F. Pease. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Documentos inéditos

Probanza de méritos de don Hicrónimo Puento, cacique de Cayambe. A.G.I. Quito. 22. Fols 1r-23v.

Probanza de méritos de don Sancho Hacho de Velasco, cacique de Latacunga. A.G.I. Quito 22 B. Fols 1r-16v.